

Atenas buscó, primero, asegurarse el dominio de la ruta del Ponto Euxino, a través de la cual le llegaba la mayor parte del trigo necesario para sus pobladores.

No obstante, parece que Atenas no disponía de suficientes hombres que dispersar por el Imperio, por lo que empleó abundantemente el sistema de la colonia, institución enteramente diferente, ya que era la fundación de una Ciudad nueva dotada de autonomía. Por ello, atenienses y aliados, si no indígenas, se mezclaban a menudo. Los vínculos con la metrópoli eran culturales o religiosos y las instituciones, copia de las suyas, aunque los colonos, según se piensa, eran ciudadanos de la nueva Ciudad y ya no de Atenas.

Así las cosas, la circulación de personas entre las distintas Ciudades del Imperio plantea, en particular, el problema judicial. Así, había tratados de derecho internacional, como la *symbola*, que regulaban de modo muy pragmático ciertos procedimientos entre nacionales de cada país. Atenas hacía lo mismo con varias Ciudades, aunque se comprueba, en cierto número de decretos surgidos tras motines, que nadie podía ser ejecutado sin que la sentencia fuese confirmada por Atenas. Igualmente, algunas personas, por especial privilegio, no podían ser juzgadas sino en Atenas. En fin, de modo completamente normal, cualquier proceso que implicase un asunto público contra el Imperio era juzgado por tribunales atenienses. De esta manera, se observa que, sin que hubiese organización o unificación concreta en el plano judicial, la práctica comportaba, a un tiempo, una fuerte injerencia de Atenas en la autonomía de las Ciudades y una multiplicación de causas en Atenas misma.

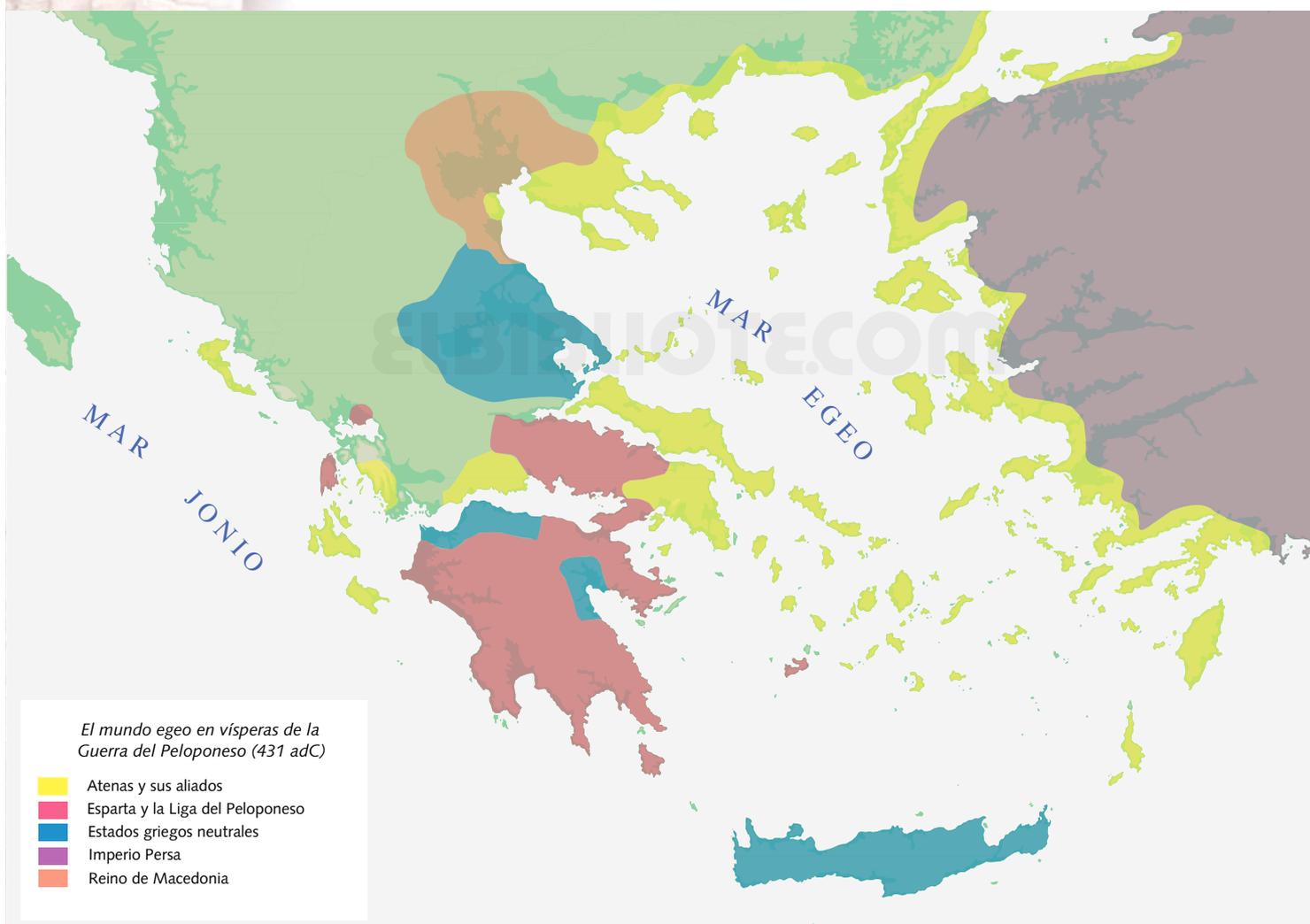
Características del imperio

No hay nada más erróneo que ver en el Imperio de Atenas el equivalente al Imperio colonial inglés del siglo XIX, como tantas veces se ha sugerido. Atenas nunca buscó garantizarse mercados comerciales de salida, noción totalmente ajena a las Ciudades griegas en las que la actividad comercial estaba en gran parte en manos de extranjeros. Tampoco se trataba de mantener a millones de hombres, sino a decenas de miles, y ninguna infraestructura industrial sustituyó al pequeño artesanado. Atenas buscó, primero, asegurarse el dominio de la ruta del Ponto Euxino, a través de la cual le llegaba la mayor parte del trigo necesario para sus pobladores. Y tampoco parece que quisiera reservársela en exclusividad de uso, salvo durante la Guerra del Peloponeso. Se trataba, también, de garantizar el libre acceso de materias primas para la construcción naval. La expedición de Egipto bien pudo responder a tal deseo. Evidentemente, la policía marítima ejercida por Atenas facilitaba el comercio, al igual que la prosperidad del Pireo atraía a los comerciantes. Sin embargo, no se trataba de una política deliberada, ya que Atenas concebía su talasocracia en términos de poderío militar, donde el control de la ruta del trigo le resultaba cuestión de supervivencia.





No obstante, había un ámbito en el que la intervención era directa: el de la moneda. En fecha que aún se trata de determinar por más que algunos argumenten que fue cercana al 437, un cierto Clearco hizo votar un decreto dirigido a unificar pesos, medidas y monedas entre los aliados. La medida, muy útil para las transacciones del Pireo y del pago de phoros, sin embargo, hubo de ser recibida como un atentado a la soberanía de las Ciudades que ya no podían acuñar moneda de plata, puesto que los descubrimientos numismáticos prueban que ya se había esbozado una evolución por vía de hecho y que la moneda ateniense se extendió desde los comienzos de la Liga de Delos.



Ahora bien, se debe reconocer que el Imperio nutría a la democracia. Aristóteles pudo afirmar que el Imperio hacía vivir a más de 20.000 personas. Así, el Imperio no ocultaba que, directamente, vivían de este régimen los funcionarios del Estado y cuantos, por diversos títulos, percibían un salario público, como era el caso de los clerucos, los colonos, las tropas de guarnición y, también, remeros y soldados embarcados; e, indirectamente, a un buen número de pequeñas empresas del Pireo o de Atenas y, sobre todo, a las que participaban en la construcción naval. Por lo demás, era el tesoro del Imperio el que proveía a las importantes obras de la Acrópolis, en las que se codeaban esclavos, ciudadanos y extranjeros. Por ello, Atenas explotó su superioridad política y militar con fines económicos.

La riqueza y el esplendor de Atenas en esta época descansan en gran parte sobre las rentas financieras obtenidas con el phoros y sobre la condición metropolitana de que la ciudad disfruta para el conjunto del Egeo.



Indudablemente, el imperialismo ateniense ha generado muchas discusiones apasionadas entre los historiadores. En efecto, cuando se intenta determinar cuáles eran, exactamente, los objetivos de este imperialismo, disponemos de una documentación relativamente importante y de un texto mayor como el de Tucídides en los cuales se plantea el problema en términos incisivos. Ya se supondrá, al hilo de la historiografía contemporánea, en cuánta medida este tema, siempre actual, ha quedado marcado por la imagen dada por los distintos imperialismos políticos y económicos de nuestro tiempo. Estas realidades inspiran a veces directamente los análisis que se nos ofrecen. Por lo pronto, si se debe rechazar las motivaciones estrictamente económicas, como lo ejemplifica la búsqueda de mercados para excedentes, surge entonces un nuevo interrogante sobre si se debe ver en ello una empresa ideológica cuyo fin fuese la expansión del régimen democrático.



Guerra del peloponeso.

Ya vimos cómo el Imperio daba de vivir a buena parte de los ciudadanos atenienses, por cuyo mero hecho ya favorecía la democracia, la cual, por otro lado, se desarrollaba en numerosas ciudades por esta época y facilitaba la fidelidad de muchas poleis pequeñas. ¿Se justifica el Imperio por el auge de la democracia ateniense? Tal argumento no fue nunca empleado por los defensores del Imperio, que se expresaron, sin embargo, sin restricciones, y que sirvió de base, sobre todo, para los panfletos aristocráticos. Sin embargo, ha sido retomado por muchos modernos, lo que nos remite a otra cuestión: ¿hasta qué punto las Ciudades del Imperio participaron de la prosperidad ateniense?



Guerra del peloponeso.

Así las cosas, la riqueza y el esplendor de Atenas en esta época descansan, innegablemente, en gran parte sobre las rentas financieras obtenidas con el phoros y sobre la condición metropolitana de que la ciudad disfruta, de hecho, para el conjunto del Egeo. Entonces, ¿Atenas hizo que el conjunto de las Ciudades del Imperio obtuvieran provecho de ello? Los veredictos de los historiadores franceses se resienten a veces de sus reacciones en relación con el Imperio colonial francés, por lo que tienden a defender con pasión la aportación ateniense en la

paz marítima, en el avance del derecho, en el esplendor del teatro, etc; mientras que otros subrayan, siguiendo a Tucídides y a los historiadores del siglo IV, los odios despertados por la dominación ateniense.

Sin embargo, sobre todo, hay que insistir en el vector mayor de entre los que llevaron a los atenienses a asegurar fogosamente su dominio y a sus aliados a resentirse por ello de forma tan aguda. Así, se trata del muy particular sentido que tenían los conceptos "libertad" y "autonomía" para los griegos. Tucídides lo expresa sin rebozo en gran número de discursos que pone en boca tanto de embajadores atenienses cuanto de sus adversarios. En verdad, la libertad de un Estado se halla ligada tanto a la ausencia de dominación extranjera cuanto a la posibilidad de imponer a terceros su propia dominación. Y en tal cosa vemos esa característica política que fue el móvil mayor de cualquier comunidad helénica. Desde el momento en que se impuso, la hegemonía ateniense tendió a convertirse en algo sin retorno. El Imperio acabaría hundiéndose, pero no minado desde su interior, sino ante una fuerza tan importante como la suya: Esparta.